

Crítica de libros

Los discursos del presente

Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández Rodríguez

(Siglo XXI, Madrid, 2013)

Presentamos aquí *Los discursos del presente* (2013), de Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández Rodríguez publicado en Madrid por Siglo XXI. Los ocho capítulos del libro se dividen en dos grandes bloques: primero, se presenta el análisis del discurso de Roland Barthes como herramienta de análisis para tres mitos centrales de la sociedad contemporánea: la fluidez managerial, la innovación social y la precariedad; segundo, se sintetiza y critica los conceptos centrales de tres teóricos *à la mode*, como son Michel Maffesoli, Gilles Lipovetsky y Zygmunt Bauman, todos ellos superventas en el campo de la ensayística en ciencias sociales, de vasta (aunque relativa) distribución e impacto mediático. Las dos caras de esta propuesta analítica y crítica del mercado y del consumo actual cuenta con un valioso prólogo y un epílogo, a modo de coda, que plasma el discurso de inauguración de Alonso para el curso académico en la UAM de 2009-2010, y que es una propuesta no ya para el presente, sino para el futuro, acerca de nuestra capacidad de agencia y de movilización en la sociedad actual.

Huelga decir que el volumen que tengo entre manos es de una erudición exquisita, como ya suponía quien escribe estas líneas al conocer la trayectoria de ambos autores como expertos en sociología del consumo y del trabajo del departamento de sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Nos brinda una lectura precisa y articulada (por no decir fluida, que como veremos es un adjetivo demasiado connotado) e hilvana conceptos densos con una rica bibliografía actualizada. Se trata de una recopilación ampliada de artículos previamente publicados que representan una valiosa contribución en el campo de la sociología del trabajo y del consumo, tanto para estudiantes como para académicos.

El primer capítulo, además de ser una excelente síntesis del estructuralismo semiótico, sienta las bases conceptuales de una sociología teórica pero realista. El análisis del discurso aparece aquí como «una descripción estructural de la ilusión cronológica» (p. 36): una narración gana en legitimidad gracias a su estructura argumental y secuencial. Su estructura formal, de aparente universalidad, esconde unas condiciones de producción de sentido necesariamente sociales. Nos podemos remitir a los cuentos infantiles de Andersen, cuyos arquetipos morales escritos en una Dinamarca de mediados del XIX, en pleno romanticismo, todavía construyen las relaciones familiares, los comportamientos éticos y los juicios de valor de las generaciones europeas más jóvenes. La *ilusión*, esta dimensión mítica de la producción cultural en las sociedades modernas y contemporáneas, es la que lleva a Barthes a explorar la moda como un reproductor del lenguaje de las apariencias, y a Paul Ricoeur (1973) a considerar el método estructuralista como válido para analizar un corpus (escrito o representado) constituido, detenido y cerrado. Corpus que en el libro aparece representado por la literatura empresarial e innovación revisada en los capítulos segundo y tercero, y por la lectura crítica de autores posmodernos sobre la precariedad en el capítulo cuarto.

La *deformación* del contenido cultural de una obra implica, por un lado, una mayor posibilidad interpretativa y, por otro, la ocultación de una práctica alejada de lo representado. Pienso ahora en un estreno de las carteleras, *Don Jon*: la adicción al porno de un joven italo-americano centrado en hacer pesas y salir de noche va de la mano con la fascinación de su novia por las películas de amor con mayúsculas. Si bien la crítica a la fascinación por el porno ya es previsible, su yuxtaposición con el consumo compulsivo de comedias románticas hace más claro el concepto de deformación de Barthes. La dulzura y la ligereza de las películas esconde un discurso que encorseta a hombres y mujeres en unos determinados roles de género que implican prácticas sociales como el consumo de porno por Internet. El mismo Barthes, en *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977), también realiza una deconstrucción de la mitología romántica que construye de forma natural nuestra vida cotidiana siendo claramente ideológica. Los autores ponen de manifiesto las limitaciones del método semiótico, que al centrarse en las palabras y las cosas olvida al hablante y su capacidad de intervención.

El capítulo II es un análisis de la literatura empresarial desde los años cincuenta hasta la actualidad, y pone de manifiesto la construcción de un imaginario mercantil que equipara la razón humana a la lógica de beneficio privado. Entre 1950-1970, el discurso imperante en las empresas de Estados Unidos, que son el modelo para el resto del mundo, es el de la creación de modelos de gestión. En un momento de euforia productiva, se busca controlar las relaciones laborales desde un conocimiento racional y científico. Es el momento de las mayores negociaciones sindicales, del establecimiento de convenios colectivos y de los pactos sindicales escandinavos que todavía perviven en la actualidad. Entre 1970-1990, el discurso pasa de las metáforas disciplinarias militares de la guerra fría a las analogías del arte bélico. El Estado a seguir es Japón y sus modelos *just in time* y competitividad sin límite. La pérdida de seguridad se debe compensar con la creatividad y la libertad individuales, y aparece el *coaching* emocional como el nuevo arte de gestión. Las publicaciones de empresa pasan a ser recetarios para un triunfador que se basa más en el carisma que en la razón. Entre 1990-2010 aparece el concepto del capital fluido (Bauman, 2003) y se individualizan responsabilidades, tanto ecológicas (mediante campañas que culpabilizan los ciudadanos que prefieren un baño a la ducha, pero que no presionan a las industrias responsables de la gran mayoría de los residuos contaminantes) como empresariales. Esta nueva semántica proclama que lo más seguro es no tener ninguna seguridad, lo que bloquea la capacidad individual de proyección hacia el futuro. La dictadura del presente lleva al *hakuna matata*, un «no hay problema» que rehúye la planificación más allá del ahora mismo. Cada vez está menos claro quiénes son los interlocutores en las negociaciones de las condiciones de trabajo, por lo que el ideal de trabajador pasa a ser el *hacker* que es libre de ataduras y de convenciones sociales, que trabaja sin horarios y sin límites morales.

Los autores se preguntan: ¿y si, además de un efecto de la segmentación del mercado de trabajo posfordista, fuese una estrategia cultural deliberada (p. 120)? Las respuestas a esta pregunta se encuentran en el primer bloque, con el análisis de los conceptos de innovación social, de creatividad y de precariedad. El capítulo sobre innovación analiza la obra de Richard Florida (2002), que identifica a los trabajadores del conocimiento como individuos privilegiados, con un estilo de vida libre de ataduras convencionales, cosmopolitas, nómadas, abiertos de mente y que trabajan por placer. La organización comunitaria de estos nuevos trabajadores, centrados en el diseño, la programación y las consultoras medioambientales y tecnológicas, serían la alternativa a los antiguos mecanismos de organización laboral, sindical, de cooperativas, etc. No obstante, los autores explican cómo las condiciones de trabajo de esta élite cognitiva es también precaria, con un elevado porcentaje de tareas rutinarias

y de gestión donde no todo es diversión. Se trata de un trabajo basado en un capital social, tanto virtual como presencial, que precisamente depende del estatus o posición de clase de estos presuntos *trabajadores sin collar*.

La innovación así entendida revierte a una forma de metonimia social, que escoge un determinado grupo social como nueva élite innovadora, por encima de diferencias de clase, condiciones de estatus o distribución de recursos. La metonimia de la innovación se suma a otra, la de la creatividad como iniciativa empresarial. El VII Programa Marco Europeo incluía la convocatoria *Unveiling Creativity for Innovation in Europe 2012* (traducible como Descubriendo la creatividad para la innovación en Europa). Nos encontramos con «una visión de la innovación totalmente despolitizada, pragmática y economicista, desconcertadamente alejada de cualquier idea de conflicto social, divergencia de intereses o actores sociales con diferentes estrategias y prácticas» (p. 116). Creatividad pasa a ser sinónimo de emprendedor, y se basa en variables psicológicas y atomizadas como la intuición, la inteligencia emocional o la empatía. A estas dos metonimias *ilusorias* se suma en el capítulo IV una tercera, que es, tal como muy bien apuntan los autores, la de los *mileuristas*: «la parte ocupa el lugar del todo por el poder de representación y de definición por parte de las clases medias de los problemas sociales, pero detrás de los mileuristas hay situaciones dramáticas invisibilizadas y aceptadas (grupos laborales tradicionales destruidos, todo tipo de inmigrantes, nueva pobreza y exclusión social)» (p. 154). La precariedad es miedo a perder el trabajo y la idea de que la estabilidad es inalcanzable, en un *va de soi* existencial que es un fuerte paralizador de conciencias y de existencias. Como se afirmó en las Segundas Jornadas del Instituto de Estudios del Trabajo en la Universidad Autónoma de Barcelona, en España la precariedad toma forma en el 30% de parados, y en Alemania se visibiliza con el crecimiento de los *minijobs*. Un 52% de los *minijobs* está en manos de mujeres, y un 24% no son contratos complementarios, sino que constituyen la actividad principal. Alonso y Fernández, en definitiva, proponen que «el fenómeno de la precariedad laboral no puede entenderse solo como una disfunción, como una irregularidad fruto de desajustes en el nuevo escenario posfordista: por el contrario, es un factor absolutamente esencial para su funcionamiento óptimo» (p. 120).

Con la lectura de este primer bloque parece claro que los conceptos de clase, de desigualdad y de posición social siguen siendo relevantes para explicar la estructura social contemporánea. En el segundo bloque se comenta críticamente a tres sociólogos, Maffesoli, Lipovetsky y Bauman, que, tal como afirman los autores, sustituyen la crítica social por la crítica cultural. Sin datos ni empiria, es difícil consolidar conceptos teóricos que sean explicativos y no proyecciones ideológicas, como nos advierte Cicourel (1974) al hablar de «la ilusión del sentido común sociológico». Maffesoli canta las virtudes de una sociedad posmoderna cálida, respuesta orgánica, emocional y viviente a la fría e inhumana modernidad. No obstante, su trabajo no deja de ser una alegoría metafórica que describe una serie de estilos de vida, sin hacer evidente situaciones observables, etnografías culturales o de situaciones laborales. «Si la estética se convierte así en la única fuente de ética» (Maffesoli, 2005:180) se produce exactamente la confusión de géneros que denuncia Terry Eagleton en declarar la muerte de la crítica (2010).

La popularidad de Lipovetsky es patente: la revista *ELLE*, de amplísima difusión entre mujeres privilegiadas como prensa femenina de calidad, cierra así su editorial francesa sobre la encarcelación de Nadejda Tolokonnikova, de las Pussy Riot: «Hipermodernidad: una notoriedad ganada con happenings, vídeos virales, himnos punk, disfraces de superhéroe de colores pop. Hiper-barbarie: una justicia que manda dos jóvenes oponentes, madres de fa-

milia además, al infierno de campos que esperábamos de otra época (2013)». En Lipovetsky, la consciencia narcisista reemplaza la de clase, y una apatía tolerante sustituye las posturas ideológicas del fascismo y del socialismo del siglo XX, mientras que en la editorial la hipermodernidad adquiere mayor calado político. El contenido efectivo del término se expande y se transforma, según los usos y prácticas de la mismos medios.

De manera hiperoptimista, el autor considera que el ciudadano está realizando un acto de responsabilidad como consumidor: esta afirmación nos remite de manera muy incómoda al drama de los desahucios en masa, después de una burbuja hipotecaria en la que los créditos se concedían como panecillos pero con cláusulas abusivas, y unas preferentes cuyas responsabilidades se están determinando judicialmente. El mercado no es un sistema de participación política, y todavía menos, un sistema democrático. Su definición de la moda como una diferencia sin violencia deja de lado la clara violencia simbólica que impregnan los mecanismos de distinción. Cuando vemos a jóvenes que se gastan todo su sueldo y más en bolsos de marcas de lujo para aparentar, estamos viendo la ansiedad de una clase que ha asumido como requisito para entrar en la normalidad mitológica la *deformación* de su gusto por necesidad (Bourdieu, 1979). La presión por ser parte de la mayoría respetable pasa por una serie de requisitos estéticos que conllevan decisiones de consumo esclavizadores para los compradores, que entran en círculos viciosos de deuda, crédito y compra. La autorrealización por la compra de bolsos no es una broma, es una tragedia: es un salto de estatus que en las élites se puede invertir, como vemos en la película *Blue Jasmine* de Woody Allen.

En Bauman, la subjetividad pasa a ser el valor central de la sociedad contemporánea, líquida: una sociedad fluida donde las condiciones, los valores y códigos de actuación de sus miembros cambian antes que se consoliden (p. 225). Esta aceleración del consumo y del tiempo para buscar la autenticidad casa bien con los estilos de vida *mainstream*, y pone de relieve la fragilidad, de nuevo, de un estado de felicidad que pasa por un mercado que sube y baja. El *homo elicens* de Bauman existe y ve cómo la vida pasa, fugaz, ante sus ojos. Como los mismos autores reivindican, se trata de un discurso que no deja de ser una extensión de las críticas de Adorno y Horkheimer a la estandarización de la cultura de masas. Si bien Bauman localiza con certeza el mercado en su contexto cultural, su resistencia a tratar el trabajo y la actividad productiva, que en definitiva define la escala de ocupaciones y, por lo tanto, las condiciones de posibilidad de los ciudadanos, lo lleva a terrenos pantanosos desde el punto de vista teórico.

Desarticulado el modelo corporativo de gobernabilidad entre el sujeto, el estado social y el estado democrático, parece a lo largo del volumen como si para los autores no hubiera una alternativa socializadora. La evaporación de lo social, concepto con el que Alonso y Fernández clausuran este volumen, es una gran metáfora que sintetiza el resultado de la asociología de Maffesoli, Lipovetsky y Bauman. No obstante, en el epílogo los autores adoptan un tono más optimista —que no empirista—. Aparece que «la aparente debilidad de los proyectos colectivos no implica, es obvio, la desaparición de la esfera pública o la desarticulación de los vínculos sociales, sino su transformación, adquiriendo formas y sentidos diferentes (...)» (p. 252). Como sugieren los autores, existen prácticas sociales alternativas, basadas en un pensamiento utópico distinto del de los años setenta, que nacen de la ansiedad (recordemos la precariedad que impregna nuestros proyectos de vida), pero con posibilidades de creatividad auténtica y (más) socializada.

Me permitiré concluir esta reseña con la cita que abre el prólogo y que considero la llave maestra del libro que tengo entre manos. Se trata de una afirmación de Miguel Espinosa (2005): «Quién rehúsa la teoría es malvado, lo cual tengo por postulado ético». Declaración

moral de intenciones que coloca la producción teórica como eje central de la actividad sociológica, recordando a W. Mills y su crítica a la teoría parsoniana y al empirismo tecnocrático. La ambición de Alonso y Fernández es la de recuperar el papel de la sociología más allá del impresionismo sociológico (Cicourel, 1980) de Maffesoli, Lipovetsky y Bauman, cuya metodología, más cercana a la construcción del titular periodístico que al ethos académico, carece del compromiso de la mirada sociológica.

Por Dafne MUNTANYOLA-SAURA

Dafne.muntanyola@uab.cat

How Schools Do Policy. Policy Enactments in Secondary Schools

Stephen J. Ball, Meg Maguire y Annette Braun

(Routledge, London, 2012)

Los estudios sociológicos sobre políticas educativas parecen, en general, dominados por una visión macro, centrada en los debates políticos y las pugnas ideológicas, en los efectos y consecuencias no queridas de las políticas, o en su «eficacia», sus «fallos» y sus «resultados» cuantitativos. El resultado es que, con frecuencia, el proceso de puesta en práctica efectiva de dichas políticas en escuelas concretas es tratado como una caja negra y relegado a un segundo plano.

El trabajo que aquí reseñamos presenta, sin embargo, un enfoque distinto e innovador para el análisis de las políticas educativas desde la sociología, centrado en *cómo* los centros educativos *hacen* política educativa desde sus realidades cotidianas y su contexto social y material, a través de complejas relaciones entre agentes, discursos, prácticas y artefactos. En este sentido, este trabajo prolonga los conocidos trabajos de Stephen J. Ball sobre la *micropolítica* de la escuela y las políticas educativas, así como los análisis de la organización escolar y sus procesos institucionales característicos de una parte de la sociología anglosajona de la educación. Pero también los desarrolla y complejiza, incorporando influencias diversas (Foucault, la teoría del actor-red o el análisis crítico del discurso, entre otros).

El libro, fruto de una investigación colectiva, busca construir una teoría de la *actuación* de las políticas educativas (*policy enactments*)¹ a partir de un trabajo empírico de dos años y medio en cuatro escuelas secundarias de Londres. Basado en entrevistas, observación y análisis de materiales escritos y visuales, el trabajo se centró fundamentalmente en tres políticas: la política de *standards*, la política de gestión del comportamiento (*behaviour management*) y el *personalised learning* (aunque a esta última, como ellos mismos reconocen, se le da muy poco espacio en la obra).

¹ En inglés, la palabra *enactment* se refiere tanto a la promulgación formal de leyes como a la representación en un sentido teatral. Los autores la emplean deliberadamente en este doble sentido para marcar que la puesta en práctica de las políticas educativas implica tanto la elaboración de leyes y planes oficiales como la cadena de actuaciones y traducciones por parte de distintos actores que *produce* la «realidad» de las políticas en su versión cotidiana, en un sentido similar a como la usa la teoría del actor-red. La traducimos aquí por «actuación», siguiendo a Carmen Romero Bachiller (véase A. Mol y J. Law, «El actor-actuado: la oveja de Cumbria en 2001», *Política y Sociedad*, 2008, 45(3): 75-92).